

1007

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Car. de Argentina
Biblioteca Universitaria*

9



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1968

APROXIMACIONES A UNAMUNO

DARDO CÚNEO
Buenos Aires.

DOSTOYEUSQUI

¿QUÉ APORTACIÓN —vibración, reflejo, coincidencia— le ha acercado a este Unamuno de la universalidad española la hermandad provista por lecturas insistentes de un ruso que, en las contradicciones de su enorme país y en el amor a su pueblo, compuso una unitaria —absoluta— visión de profecía? Es en sus comentarios de 1933 —preavisos de guerra civil en campos de toda España—, en los que Unamuno apela a Dostoyeusqui (con tal ortografía escribe su nombre); y por uno de esos comentarios sabemos que el *Diario de un escritor* era para él libro de relecturas; y lo llama profeta. Dostoyeusqui, profeta. Mas advirtámonos ya que un profeta para Unamuno no es quien formula anticipaciones; no es el agorero que se empeña en predecir lo que habrá de ocurrirnos por suponerse tocado de una suerte de poder de adivinación; ni es un diseñador de futuros. Es algo distinto y es mucho más: vendría a ser —digamos— quien posee —o ejerce— el sentido en curso entre los días presentes, desentrañando de ellos lo que permanece y trasciende; es decir, quien sabe tratar a lo que viene quedando, sedimentándose, para de esa manera saber asentar —y explicar— al hombre en su calidad de aspirante de perduración. Y aunque Unamuno no haya sido demasiado explícito para caracterizar al profeta en su quehacer dialéctico, podemos seguir suponiendo que su ocupación se desplaza entre estas dos ilimitadas alternativas: tradición y eternidad. El profeta —poeta— expresa —y esa sería su misión— a esa tendencia de eternidad desde su vertiente propia, es decir, desde la tradición de su pueblo —pueblo que, como tal, anhela ser eterno y que por anhelarlo rehace, trabaja, todos los días su tradición incorporándole los significados vivificantes de sus nuevos pasos. Con los materiales de

su pueblo ruso trabajó Dostoyeusqui. Uno de ellos: la lengua, la lengua nacional, popular. Ahí estaba Unamuno esperándolo. En el *Diario de un escritor*, Dostoyeusqui: "La lengua es, sin duda, la forma, el cuerpo, la envoltura del pensamiento". Unamuno, completando: "yo digo que la lengua es el pensamiento mismo". Luego, este acuerdo. Dostoyeusqui: "...pensamos, en todo caso, por la fuerza elemental de esa lengua en que hemos escogido pensar". La lengua: creadora. ¿No centra, por lo tanto, la vida toda del pueblo? Unamuno: "La lengua encierra toda la tradición de un pueblo, incluso las contradicciones de esa tradición, toda su religión y toda su mitología". Ya reconoce —y avisa— este enlace decisivo: lengua y religión. "La lengua nacional, la lengua patria, la lengua popular, esto es, laica —hay que repetir a cada paso que laico no quiere decir sino popular—, es la substancia de la tradición popular, de la religión popular". Es decir: ¿religión popular española derivada, creada, o recreada, por la lengua nacional española? Por aquí también, anda Dostoyeusqui. Sí, religión popular, religión nacional. En Rusia. En España. Anotemos, primero, las afinidades en los destinos —conflictos— nacionales de Rusia y España, afinidades a las que Salvador de Madariaga vinculó, directamente, a Dostoyeusqui y a Unamuno. "Su conflicto eterno entre la fe y la razón —dice Madariaga de Unamuno en sus *Semblanzas literarias contemporáneas*—, entre la vida y el pensamiento, el espíritu y el intelecto, el cielo y la civilización, es el conflicto de la misma España. País frontera —como Rusia—, en el que Oriente y Occidente mezclan sus aguas espirituales, España vacila sin reposo entre dos filosofías de la vida. En Rusia, este conflicto emerge en la literatura durante el siglo XIX cuando Dostoyeusqui y Tolstoy representan la tendencia oriental y Turguenev se hace abogado de Occidente. En España, país menos consciente de sí mismo, y en el que, además, la mezcla de Oriente y Occidente es mucho más íntima por haber hallado ambos un solvente común en la civilización latina, el conflicto es menos claro, menos en la superficie. Hoy, Ortega y Gasset es nuestro Turguenev; no sin vacilaciones Unamuno es nuestro Dostoyeusqui, pero penosamente penetrado de la fuerza del ideal contrario". Aquí termina Madariaga la anotación sobre la afinidad entre Rusia y España. Ahora, volvemos a la certidumbre de la religión nacional, popular, fraguada en las fraguas de la lengua del pueblo. A partir de la tradición nacional, necesariamente expansiva, y en el curso de la lealtad popular hacia ella, lo que ya va suponiendo —y componiendo— una voluntad de absolutismo, se llega a la religión nacional, al culto y a la Iglesia nacionales. La lengua, en que la oración se pronuncia hace nación, porque centra y transmite toda la vida espiritual que se ha acumulado en sus enormes y laboriosas venas; porque desde éstas se derrama a diario volviendo a crear y recrear

comunidad, pueblo y nación en un ejercicio de aspiraciones unitarias, en torno a necesarios centros poderosos de fe; todo lo cual va dando vida a Iglesia única y a Imperio en expansión... Mas este ya es trámite oriental; más ruso que español, a pesar de las cargas de Oriente que aún tiene en depósito España. En España, la fe es, a la vez, fe y disidencia. En Rusia, no.

Darío

¿Salmista? Es Darío, precisamente Darío, quien dirá, por lo menos: "Lo que parece claudicación es uso de sabio procedimiento. Y notad que entre esos poemas que parecen recitados de súbito, entre aplicaciones raras, consciente versolibrismo, suelen brotar profundos y melódicos sonos de órgano que habrían regocijado al Salmista. Esto es lo que más gustó en él: sus efusiones, sus escapadas jaculatorias hacia lo sagrado de la eternidad". Era, precisamente, lo que Unamuno, a esas fechas, quería que se dijera de él, de su poesía: salmista.

Ese juicio de Darío ocurría entre ya encendidos fuegos de polémica: aprestaba Darío su artículo sobre Unamuno para *La Nación*, en el que iría fundado ese juicio, cuando algún malévolo —no sabemos quién, porque Valle Inclán, que refirió el pecado, no hizo constar nombre de pecador— le recordó que el vasco salmantinado había dicho que debajo del sombrero se le veían las plumas del indio. Desconcertó Darío al malévolo: no laboró rencor, y el artículo apareció —marzo del 909— con aquella generosidad; mas antes de que el artículo llegara a conocimiento de Unamuno le llegaba una carta que le decía: "Mi querido amigo: Ante todo para una alusión. Es con una pluma que me quito de debajo del sombrero con la que le escribo...". Por entonces se conocieron personalmente y se dieron las manos. Unamuno explicaría públicamente —poco hay de privado en este hombre de grandes dramas subjetivos, íntimos— los sentidos de aquella alusión: "Con esta lengua que el demonio nos ha dado a los hombres de letras, dije alguna vez... que a Darío se le veían las plumas —de indio— debajo del sombrero... Si me hubiera dejado guiar —aquí comienza la explicación— por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiera leído nunca. ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste me llevó al poeta! Al indio, lo digo sin asomo de ironía, más bien con pleno acento de reverencia, al indio que temblaba con todo el ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio". Pero, ya existían en él —y seguirían existiendo— motivos de desentendimiento. El primero, la admiración del criollo por París. "Debo decirle —lo había escrito un año antes de que se cerrara el siglo— que no acabo de comprender del todo esa atracción que

sobre ustedes ejerce París, ni ese anhelo de que sea precisamente París y no Londres, o Berlín, o Viena, o Bruselas, o Estocolmo, o... Heidelberg, donde los descubran". Unamuno le derriba, de paso, a Darío su santo: Verlaine, "cuya grandeza apenas vislumbro". "Estoy volviendo a leer literatura francesa, que me ha sido siempre tan poco simpática —le escribe en el 902—; y a pesar de mi empeño por gustarlo todo y comprenderlo todo, no me entra". "No puedo —agrega— con esos monos de Europa, ni con su literatura tan clara, tan fácil, tan bien hecha, tan fría". Al París de Darío, opone su solitaria Salamanca eterna; a la vida frívola de la metrópoli, su orden de batalla interior, su "¡Adentro!" Carta del 900 le ha dicho a Darío: "En vez de decirte, pues, ¡adelante! o ¡arriba!, me digo ¡adentro! Me reconcentro para irradiar; me recojo mejor para mejor darme a los demás". Son los temas de su próximo ensayo decisivo. ¿Por qué se los comunica a Darío? "Porque me los sugirió ahí, en Madrid, un estado de ánimo muy análogo al que usted me describe como hallándose en él. Esta soledad hermosa es mi salvación". Y recuerda que Darío le dijo: "Necesito cambiar de aire", a lo que le responde, incitando: "Pues, cambie de ellos, amigo Darío; pero créese, ante todo, su aire interior".

La riña de Unamuno al Darío parisino y cosmopolita cursa varios años. Al primer impacto —fue el año antes de cerrarse el siglo—, Rubén había procurado defensa en términos de explicación hasta respetuosa. "No sabe usted —le dice a su impugnador— lo que yo he combatido el *parisianismo* de importación, que he tenido la mala suerte de causar en buena parte de la juventud de América; y en el prólogo de las *Prosas Profanas* he dicho bien claro que no puede tomarse como modelo y guía lo que en mí es producto de mi individualidad y de mi educación literaria". Con respecto a París, había estas razones que allí lo llevaban y retenían: "La innegable indigencia mental de nuestra madre patria, nos ha hecho apartar los ojos de ella; no es culpa nuestra". Tras explicaciones y disculpa, propósitos de amistad. "Podrá haber diferencias entre usted y yo —lo dice en carta del 907—; pero jamás se dirá que no reconozco en usted a una de las fuerzas mentales que existen hoy, no en Europa, sino en el mundo". Y solicitaba pacto de comprensión de esta especialísima manera: "...Y luego, yo soy uno de los pocos que han visto en usted al poeta". Poeta. ¿Qué más puede requerir, desear este Unamuno de este Darío? Darío, generoso niño grande, se lo volverá a decir en el juicio del 909 "y que Unamuno aprovecha para apadrinar, en el 20, su *Teresa*", con estas palabras: "Ciertamente, Unamuno es amigo de las paradojas —y yo he sido víctima de alguna de ellas—; pero es uno de los más notables renovadores de ideas que haya hoy, y, como he dicho, según mi

modo de sentir, un poeta". Y con estas otras: "Es lo que él se considera: escultor de nieblas y buscador de eternidades".

Unamuno seguirá riñendo. Su riña al modernismo¹ es riña casi siempre directa a Darío. Este se ve envuelto, sin quererlo, en ella; mas, de su parte será para apresurar descargo, no para devolver o recomponer agresión. La agresión no forma parte de la naturaleza de Darío así como en ella se complacía la de Unamuno. Cuando Unamuno ha acosado a Francisco Grandmontagne por su *Maldonada*, Darío, en página que recogería en su *España contemporánea*, sostuvo que el vasco salmantinado se condujo "con un desconocimiento que tenía por consecuencia una injusticia". ¿Cuál era el tema de la agresión de Unamuno? El *parisianismo* de la literatura argentina. Darío atrevió defensa de lo francés alegando que ello no molestaba lo regional; "que mis *Prosas Profanas*, pongo por caso, no hacen ningún daño a la literatura científica de Ramos Mexía, o a la producción regional de J. V. González; ni las maravillosas *Montañas del oro* de nuestro gran Leopoldo Lugones perturban la interesante labor criolla de Leguizamón". Darío seguía devolviendo explicaciones, disculpas y amistad. En esas mismas páginas de *España contemporánea* refirió a la primera novela de Unamuno así: "Esa admirable y fuerte *Paz en la guerra*". Y así de su autor: "Es un maestro de meditación, un pensativo minero del silencio. Este es uno de los cerebros de España, y una de sus voluntades. Lo que su paisano de Loyola, San Ignacio, enseñó con sus *Ejercicios* a Maurice Barrés, él le ha aprendido en los ejercicios de su alma, en la contemplación de la vida de su tierra honorable y ruda, con la rudeza de lo natural y de lo primitivo incontaminado y sano".

De tanto desacuerdo que Unamuno no ha perdido ocasión de remarcar y de estas tentativas de aproximación —que no hacían sino advertir que existían las distancias—, ¿dedujéronse duelos personales? Unamuno ponía en sus opiniones toda su persona; su opinión era todo él, entero. Acaso, de su parte justificaría al biógrafo chileno de Darío, su compañero de París, quien hizo suponer que la riña tuvo alguna expresión más que la epistolar. De parte de Darío esto, sólo esto, según su biógrafo: "Frecuentaba sobre todo a los escritores nuevos, quienes lo acogieron fraternalmente, con excepción tal vez de Unamuno, agriado ya de antifrancesismo".

Ortega

Guillermo de Torre recontó las diferencias. Lo hizo en *La aventura y el orden*, libro bien poblado de noticias y agudezas. En el 904, Ortega escribe

¹ Dardo Cúneo, *Sarmiento y Unamuno*; capítulo sobre Modernismo, pp. 152-164, tercera edición, 1963, Buenos Aires, "Pleamar".

cartas de desacuerdo que Unamuno recoge y contesta en su ensayo *Alma de jóvenes*. Ortega sostenía que todo era de esperarle de la labor de un centenar de medianos talentos, pues malo es ponerlo todo en la espera del genio. "Si fuéramos Francia, otra cosa hablaríamos". En España urge tenacidad y honradez. De ahí que se crea obligado a confesarse frente a Unamuno: "pero le he de confesar que ese misticismo español clásico, que en su ideario aparece de cuando en cuando, no me convence; me parece una cosa como musgo, que tapiza poco a poco las almas un poco solitarias como la de usted, excesivamente íntimas (no se indigne), y preocupadas del bien y del alma por vicio intelectualista". Por su parte, se promete trabajar sobre los libros nueve y diez horas diarias. Unamuno no rechaza —le responde— los libros, pero mucho prefiere, también, voces vivas de pueblo. No descarta el genio y admite que es un método esa anhelosa inquietud que lo espera. Los tonos cordiales de cartas y respuestas no aproximarían, sin embargo, al que se acerca a los cuarenta años y al que acaba de sobrepasar los veinte. Ortega se encamina hacia el ensayo de rigor objetivo sin destruir la luz que aporta la subjetividad. Unamuno se complace en dar paso franco a sus poderosas energías subjetivas, sin preocupación alguna de objetividad. Ortega desconfía del genio y pide milicia ordenada de talentos. Unamuno no renuncia de aquél y desconfía de toda medianía. Racional, Ortega. Pasional, Unamuno. Ortega se va a Europa. Unamuno se llena de España. Unamuno escribe, en el ensayo *Sobre europeización*: "Los papanatas que están bajo la fascinación de los europeos". Ortega —es en el 909— recibe el reto: "Yo soy plenamente, íntegramente, uno de esos papanatas". La palabra Europa es su propia palabra desde que comenzó a escribir. Y agrega: "En esta palabra comienzan y acaban para mí todos los dolores de España". Y devuelve el reto con esta calificación: "Miguel de Unamuno, energúmeno español". Disparo a quemarropa. Ninguna cortesía para quien sabe no ejercerla. Se sellaron así las distancias.

Ortega lleva a todas partes sus diferencias. Se las trajo a Argentina, en su primer visita, en el 16. Alberto Palcos nos ha dado testimonio de ello. Hablándole a Ortega sobre Sarmiento, Palcos se aproxima al tema:

—Cuenta España, actualmente, con quien se parece mucho a nuestro Sarmiento.

Como desentendido Ortega:

—¿Quién?

—Unamuno.

—Pero Sarmiento —le respondió inmediatamente Ortega— observa mayor lealtad a las ideas.

Lo que no era tan exacto, precisamente.

La expresión de Ortega descubría su cultivada desamistad. Y las pendientes,

decisivas diferencias. Keyserling las puntualizó: Unamuno, un español, un español auténtico, eterno, mucho español; Ortega: un buen europeo, y además uno de los mejores. (Ser buen europeo —deduzcamos— significa participar del culto, o lealtad, hacia las ideas; ser español, buen español, mucho español consiste en usarlas, consumirlas, haciéndolas sangres, tal como Unamuno y como... Sarmiento). En la propia revista de Ortega —año II, número XVI—, Giménez Caballero ocupándose de afectar con un punzante brulote la memoria —convencional— de don Juan Valera, provee de estas distinciones: "Del modo que al final de la línea Costa está Unamuno, con sus aires de iberos, de santones, de profetas en desierto, al fin de la línea Valera está Ortega, con sus preocupaciones europeas, de cultura refinada, de modales de organización y de categorías".

Subsistentes, imborrables las diferencias; no así la enemistad. Ortega dio noticia de la pausa final: "Unamuno, de quien había vivido unos veinte años distante, se aproximó a mí en los postreros días de su vida, y hasta poco antes de la guerra civil y de su muerte, recalaba la prima noche en la tertulia de la *Revista de Occidente*, con su cuerpo prócer, ya muy comado, como un arco próximo a disparar su última flecha".

Creer y descreer, 1.

Ocupábase Jean Cassou en preparar la edición de *L'Agonie du Christianisme* (primero apareció en francés, en la serie *Christianisme* publicada bajo la dirección del P. L. Couchoud, Edición Rieder, París, 1925), cuando se acercó a Paul Claudel en solicitud de un prólogo. Claudel respondió:

—No prologaré a un herético.

Era la respuesta del ortodoxo. En nombre de la Iglesia no se prologará a Unamuno. En nombre de ella, no podrá incurrirse, tampoco, en interesado epílogo. Imposible llevárselo tras algunas idas y venidas razonadas con sorpresa de asalto, hacia confesionario. Unamuno se confiesa a solas, o en la plaza. Nadie se lo puede llevar. Unamuno sigue llevándose a sí mismo, con su propia fe, su propia herejía, su propio —y mismo—, grito de creyente y de hereje.

El es aventura religiosa en días y ambientes en que la religión es una forma de relación, no un trabajo personal, íntimo. El es militante del convencimiento en días y ambientes en que la religión despliega violencias militantes. Acerquémonos, ahora, a unas posibles claves a través de Jacinto Grau. "Lo más hondo de su tragedia, que todavía no ha advertido nadie —advierde Grau—, fue la incapacidad para la fe". ¿Era suya, propia, esa incapacidad para la fe? Estaba conformado para ser un creyente, un gran creyente. Grau

ayuda a comprender: "Su imposibilidad de ser místico, teniendo una fuerte naturaleza de tal". Sólo puede sabérselo paradójico a distancia, en borrosa impresión de lejanía; acercándosele, la paradoja se desvanece. Grau ayuda, ahora, a liberar a Unamuno de esas impresiones que lo mienten. "Unamuno —dice— se escapa siempre, por la condición de su naturaleza, de todo sistema. No hay en él paradoja. Las paradojas de Unamuno no están más que en el espejismo de los que lo leen". Agrego: de los que lo leen a distancia. Suprimida la distancia quedan los elementos ciertos de una verdad que habita a un lado y al otro lado, y no tanto alternativamente como en un mismo turno sin orden, sin lógica. Donde la distancia termina, termina la paradoja; donde termina la sorpresa y la apariencia, comienza la tragedia. Vuelvo a los apuntes de Grau y transcribo: "Unamuno es más trágico que sus antecesores en agonía cristiana" (Tragedia sin coro). Sigo transcribiendo: "Siempre al desnudo y siempre quemándose ante las cosas, sin un momento de calma, entre un mundo la mayor parte del cual se resiste a arder" (Tema de la tragedia: a su lado no quieren creer).

Creer y descreer, 2.

No hay un Unamuno que cree y al lado un Unamuno que descrea. No se lo sorprenderá en varias y simultáneas placas; menos posible será la empresa, el imposible inventario (a Unamuno no hay manera de inventariarlo), de recontar las fuerzas del Unamuno que cree para medirlas con las del que descrea, y evidenciar (Unamuno no quiere evidencias, no se presta a ellas, de ellas huye) que las primeras eran superiores a las segundas. Decir —imaginar— un Unamuno del partido *A* y a su lado, a su frente, otro Unamuno del partido *B*, y que el partidario de aquel partido *A* vence, o silencia, en él, al partidario de este otro partido *B*, es desconocer, de entrada, la verdad que aporta el trato y amistad de Unamuno: que Unamuno es solo uno, entero, que no se fracciona para creer a una hora y descreer a otra, sino que, lejos de desdoblamiento, sin funcionar a horarios, era un mismo Unamuno el que a un tiempo creía y descreía.

Paréntesis para anotar las tristezas de quien separa esos términos: (En días de la guerra de España, le correspondió a José Bergamín, por quien lo sé, la misión de llevarle al descreído Presidente Azaña una cuota de aliento, y para poner ese alimento al alcance de aquel espíritu que se turbaba sólo descreyendo, procuró hablarle de las luchas del soldado del pueblo en los frentes que recién había visitado, diciéndole: Esa es epopeya, Presidente". A lo que el Presidente Azaña —el no creyente, el que había puesto en él fin al diálogo, al duelo entre el ejercicio de creer y el de descreer,

respondió con voz de consumida esperanza: "Epopeya la ve usted, que es poeta. Pero, no yo. Yo estoy en el intestino de la epopeya y sólo veo la porquería". Se cierra el paréntesis).

Unamuno es siempre cuenta abierta. Ejemplo: Cristianismo es palabra que, en verdad, no le gusta del todo: es palabra que en nuestro idioma, se cierra sobre sí, que finaliza en ese *ismo* que actúa como categórica frontera terminal. Cristiandad es, en cambio, palabra que queda abierta; queda su *d* final sin compañía, como tenso arco tendido para mantener pendiente su intención, inacabables sus sentidos. Más: para el ejercicio de creer, Unamuno se encarga de elaborar —síntesis del acto constante de creer y descreer— su desasosegada fe, su propia fe, a su exclusiva cuenta, sin acatamientos, en acto de creador de plenas autonomías. Dios es su Dios; Cristo es su Cristo. Su fe no pacta con nada: ni con letra muerta, ni con fraile vivo. El escribe la letra; el hace de pastor. Su fe es él. Cuando llama a Cristo es para que le acompañe, para hacer juntos campaña, para hacer guerra conjunta, y en campaña y guerra adueñarse de Cristo y a ese Cristo ofrecerse. Le dice al Cristo de Velázquez, en jubilosa congoja:

*¡Y tú, Cristo que sueñas, sueño mío,
deja que mi alma, dormida en tus brazos,
venza la vida soñándose Tú!*

No se ha visto —semidios provocativo— quien supiera pecar más golosamente de soberbia. Con la misma soberbia que elabora su fe, la desgarrar. Creer y descreer es un mismo ejercicio de soberbia; es el mismo pecado. Y es su oficio. Gran pecador.

Dios está aquí.

A Dios lo llevamos con nosotros. Cuando lo negamos, nos hace, incluso, señas de entendimiento y confianza que nos siguen uniendo a él. Así le ocurre a Avito Carrascal, de *Amor y Pedagogía*, el pedagogo de su propio hijo, cuando éste le sorprende con la sorpresa de una respuesta demasiado esperada. "¡Gracias a Dios, hijo, gracias a Dios!", sólo atina a contestarle Avito a ese hijo, su creación pedagógica, "mientras al demonio familiar que le susurra: "¿A Dios, Avito?, ¿a Dios? Caíste, caíste y seguirás cayendo", le contesta en su interior: "¡Cállate, tonto!"

Le había ocurrido a Avito Carrascal lo que le ocurrió —muy español esencial— al miliciano ateo de la guerra del año 36 que, estando de guardia en un camino, debía requerir a quienes conducían automóviles los papeles

que los identificaban, y habiendo sido ya a varios a quienes, después de examinarles esos papeles, los había despedido con estas palabras: "Salud, camarada", respondiéndoles ellos con el convencional "Adiós"; despertó en él la insistencia de este saludo una violenta cólera ideológica. "¡Adiós, no, que estamos en la República Social!" Y así fue amonestando a los conductores y despidiéndolos con su "Salud, camarada", sin conseguir, por ello, recibir el saludo innovado. "Al próximo que me conteste Adiós, se dijo, le quemo los neumáticos a balazos". Y ocurrió que el próximo le dio al despedirse el saludo innovado: "Salud, camarada"; y al miliciano ateo se le desprendieron, desde adentro —guiño del negado— estas palabras: "¡Gracias a Dios!"

Buho.

Cuando Enrique González Martínez (en pacto con la reminiscencia de Verlaine: *Prens l'eloquence et ters-lui son cou*) hace de su soneto *Córtale el cuello al cisne* el pregón que prevé la liquidación del modernismo —que, de origen latinoamericano, tendría liquidador de tal origen, también—, acude al enfrentamiento de un término zoológico contrario para apresurar así el reemplazo de aquél. Y elige al buho. Buho versus Cisne. Buho: sabiduría.

Pedro Salinas incurrió en comentario de este enfrentamiento de símbolos, remarcando en el ave de la proposición del mexicano esta seña, entre otras: "mirada profunda y desdeñosa de lo superficial".

Unamuno que no había adoptado en ningún momento al cisne, no tiene por qué aceptarle reemplazante forzándose a elección. Pero hace al caso, sin esfuerzo alguno y tangencialmente con respecto a su abusivo encono antimodernista, recordar que su propio rostro facilitó, en varias, reiteradas ocasiones, la labor de dibujantes y caricaturistas —Bagaría, el primero— que coincidieron en presentarlo en aproximación de buho.

Muy de cerca.

Hemos escuchado un Unamuno en inmediatas vecindades de labios de Don Federico de Onís. Onís puso en la tribuna, junto a él, delante de él y delante nuestro —entre él y nosotros— la temblorosa imagen compleja, gigante y ardiente de su profesor de griego en lejanas mañanas salmantinas. El profesor dictaba clase a primera hora, entre terrestres nubes de frío castellano; tenía su propio método para vencer la baja temperatura y presentarse ante sus alumnos sin excesivo arropamiento, sin temblor exterior: se

duchaba con agua fría y antes de secarse se estregaba el cuerpo con una raqueta de las que se usan para las caballerías. Aquello le quitaba el frío por el resto del día. En clase, ninguna gramática. Profesor sin plan, sin método. Se leía a un griego y leyéndolo se desvanecía el misterio del idioma. Gramática, nunca. Ninguna palabra se le ocurría más horrible que ésta: pluscuamperfecto. Finalizada la clase, al despacho de rector. Ahí escribía. Ahí, escribió su correspondencia, es decir su obra.

Dijo Don Federico de Onís con acento de rústico castellano y vitalidad de profesor yanqui.

La presencia de Onís suscitó el debate en torno de los usos que hará el escritor de los materiales literarios. Onís sostuvo: no será posible la universalidad de una literatura sin haber elaborado y reelaborado materiales propios. Lo propio lleva a la universalidad, no lo postizo, no lo arrendado.

Poesía y política en ordenada caligrafía.

La pasión que ordenó el oficio de dos artesanos de la imprenta ha hecho posible que tengamos en este momento, en nuestras manos, los originales del *Romancero del Destierro*. En 1928, los hermanos Araujo editaron —hasta ahora única edición— este segundo libro de poemas que Unamuno compone en el destierro. Los originales quedaron a la custodia de ellos. Hoy, buscamos en sus carillas esa comunicación que habilita —más allá de las costas tipográficas— el conocimiento de una caligrafía. ¿Se lo comprende a Unamuno a través de la suya? Unamuno es desborde, es tumulto, es rebelión. Su caligrafía, no; es regular, es pequeña, es ahorrativa (¿Tacañería, aquí? En *Cómo se hace una novela*, esta confesión: "cierta inclinación a la avaricia me ha acompañado siempre"). No se limita en rasgos, pero el rasgo no avanza y limita, sí, sus planes. No hay anarquía posible. Esta letra no muestra un ardiente laboreo de creación, sino el rigor del copista medioeval. El renglón no tiende a escalar la página, sino a descender; mas, no descende como si una voluntad saliera al punto para contener la decisión de descenso. Tomo del manojito de manuscritos la poesía que Unamuno dedica a Valery (cuando va a su casa y no lo encuentra, se la deja como tarjeta de visita), y vuelvo hacia las páginas del prólogo. En él, confesiones sobre las relaciones que en su torno concerta el tema político, la política; y luego de decirnos que la historia es política, ya que así la concibieron Tucídides y Ranke, insiste en exclamar: "Actualidad, pues, y actualidad política. Y en ella historia viva y en la historia poesía o sea creación". Tema de Unamuno desterrado: la política como historia y como poesía. En *De Fuerte-*

ventura a París, se jacta de que "nadie ha hecho en España más política que él". En *Cómo se hace una novela* recoge un consejo, o reproche, así: "Existen desdichados que me aconsejan dejar la política. Lo que ellos, con un gesto de fingido desdén, que no es más que miedo, miedo de eunucos o de impotentes, llaman política y me aseguran que debería consagrarme a mis cátedras, a mis estudios, a mis novelas, a mis poemas, a mi vida. No quieren saber que mis cátedras, mis estudios, mis poemas son política".

Hacia fin de acto.

En su desesperación —española— quiso Unamuno saber —y sentirlo suyo— el conflicto del hombre de nuestros días como el conflicto del hombre de todos los tiempos. Unamuno huía, renegaba de la actualidad. En una de sus últimas páginas escribió, como para pregón de guerra: "Odio a la Diosa Actualidad" (La enfatizaba con mayúsculas, como para odiarla más). Para él no existe el hombre actual, el hombre de un solo tiempo. Sin embargo, el hombre Unamuno que haciendo renuncia de la actualidad se consumía y recreaba para lo eterno, que hubiera querido ver a sus manos urdiendo "los telares de la eternidad", de que dijo Saavedra Fajardo; ese Unamuno que huía de lo cotidiano desesperando con todas las antiguas fuerzas españolas, resultaba ser un guión trágico de actualidades (de actualidades tan importantes como que le eran vísperas de imposibles). Y era, en verdad a un mismo tiempo de delirio —de júbilo y congoja—, lo imposible eterno y lo insuficiente cotidiano. Era los dos tiempos. La actualidad y la eternidad, que, en su lenguaje se leen, también, con estos otros signos: aquendidad y allendidad, y que se enlazan así: "La eterna actualidad, la actual eternidad". La actualidad se eterniza cuando se la sabe —y siente— a profundidad, cuando a todo nos compromete y llega hasta los huesos.

"¡Actualidad política!", grita en el prólogo de *Romancero del destierro*. "La actualidad política —explica— es eternidad histórica y por lo tanto poesía. Y nada más actual que lo circunstancial cuando se lo siente en eternidad. Las obras más duraderas —se ha dicho mil veces— son las de circunstancia".

En sus últimos años, el ejercicio de desesperar lo entristecerá de toda tristeza. Rastros firmes de esa angustia en *Cómo se hace una novela*, donde se duele de la ausencia de nietos, que era advertirse de la ausencia de los puentes naturales que salven sus sangres. ¿Ni en la carne de posibles descendientes se congregarán los ecos de su tránsito? Los nietos vendrían, y, por esos años que ya llegaron, en la Universidad salmantina ponen en piedra

su imagen que lo recordará antes de que comience a ser recuerdo. Dicen que desde el día que inauguraron su estatua prefirió evitar los pasos que conducían hacia ella. No quería verse en piedra eterna el desesperado de eternidad. Una tarde de esos mismos años —1933: primeras crisis de la nueva República—, en que ha salido a la calle a sorprender el aire cargado de desazones, con las que escribir su comentario del día para la prensa madrileña, pone fin a su excursión disconformista envidiando a Nietzsche, que "menos mal que murió sin saber que se moría, libre de la razón", y ordenándose: "A casa, a soñar", y encontrándose en la casa con la voz interrogadora —eternidad de la interrogación— del nieto: "Abuelito, ¿por qué no cae el cielo a la calle"? "Y recordé —escribía en el comentario del día— lo que escribí antaño: Después que el lento sol tomó ya tierra, y sube al cielo el páramo...". Ese día, esa tarde, ese atardecer, el drama de la actualidad se hace, en su comentario, drama eterno. La actualidad le eterniza el drama. ¿Qué imposibilidad de lo eterno hay en ese "Odio a la Diosa Actualidad!" Por esos días —lo contó Baroja—, los chicos, en la calle, le tiraban piedras.

Cada uno en su rincón...

Veinte años después de aquella fecha que dio sales bautismales a su generación —y fue, según noticia que Gómez de la Serna ha dado, Gabriel Maura quien transformó a aquella fecha del siglo viejo en designación diferencial, en nomenclatura de partida, en signo simbólico; y según Baroja fue Azorín "El bautizador y casi inventor de esa generación"—; veinte años después, Unamuno hace acusador recuento. "¿Qué se ha hecho de los que hace veinte años partimos a la conquista de una patria?" Recuento exigente; cifra desconsoladora al cabo del recuento. El desconsuelo abre esta pregunta, y agrega su respuesta: "¿Qué nos queda? Morir cada uno en su rincón". En la impresión iba una profecía. Los del 98 morirán cada uno en su rincón, alejados los unos de los otros, peregrinos desolados en la inconquistada patria, muriendo de tristezas españolas, erguidos o arrodillados, muriendo a fechas fijas o inciertas, cada uno en su rincón. "Morir solos y sin patria ni hermandad", anunció Unamuno. Solo en su rincón lejano, en aguas extranjeras, había muerto el primero, el adelantado, el que dispuso de mayor fuerza para la meditación del tema común, España, y cuyo nombre se cubre con estas letras enteramente dramáticas: Ganivet. En su rincón, que no fue polémico, lo que suscitó que, a veces, no se le enrolara junto a los otros, al lado de los que llevaban dedos y alma ardidos de tanto buscar significados; en su rincón, ha muerto, año de 1930, Gabriel Miró. Miró tenía diez y nueve años el 98; su incorporación a mundo y letras se hace ese signo; y ese signo debió in-

fluir para acercarlo al objeto de tanta inquietud y tanta angustia: su España. Y si otros la supieron en el curso de meditación y dijeron de ella en términos de problema, su redescubrimiento tomó el cauce estético y se dirigió al paisaje: redescubre el dormido paisaje español, el secreto de la piedra, el encantamiento del agua; acaso, sus mejores páginas hayan sido confiadas al encantamiento del agua. . . En su rincón luminoso de Galicia —ya es el año 36, que será año de muertes nacionales”, encendido como un viejo cirio que se desvanece sin ceder su entera llama, mito bohemio, como “fantasma blanco, blanco”, según Gerardo Diego, muere —o entra en pactos encantados con la muerte— Valle Inclán, el que más lejos llevó entre sus camaradas de destino generacionista la bautismal adhesión al modernismo: muerte de artista, como turbada por los júbilos de un encuentro. En su rincón de cárcel madrileña, muere Ramiro de Maeztu de muerte totalmente adversaria, entre los iniciales estruendos de la guerra en que tenía participación, y en la que de no ser muerto hubiera, seguramente, matado. Se mueren los del 98. Preparemos el corazón como para plegaria, porque vamos a decir, ahora, la muerte de Antonio Machado: muere en exilio, cuando la guerra, entre estruendos crueles y por decisión extranjera, termina, y apenas la caravana se ha alejado de la frontera española. Es hora esa en que ya ha muerto solo, enteramente solo, en su delirio, en su ira, en su rincón, el realizador de la profecía. Cada uno en su rincón.

Centenario.

Ya, por fortuna, se han alejado suficientemente los homenajes con que se centenealizó a Unamuno. Como ocurría a su orden convencional, es decir, desorden, en cuanto no hay orden sin espontaneidad, de ellos salió magullado el recuerdo. Se da como habitual que el culto conmemorativo sea el encuentro de los que, por desacuerdos con la imaginación, ineptos para crear la propia oportunidad, se socorren en el almanaque, en sus prestablecidos pretextos, y acuden, cuanto menos imaginativos más puntuales, a abrir la mochila en la que llevan depositados, para las variadas y distintas invocaciones, la misma y regular cuota de lugares comunes que Flaubert hubiera codiciado para su diccionario de la insuficiencia mental. Los industrializadores de aniversarios, decenarios, centenarios y sesquicentenarios han intentado apoderarse —raptos y violación a la luz del día, en uso de impunidad—, esta vez de Unamuno como barberos, bachilleres y duques —y otros más— lo habían hecho, según advirtió él, con el sepulcro de Quijote. No del todo lo lograron. Unamuno terminará por escaparse siempre de la opresión de los lugares comunes por más tesonero que sea el empeño en encerrarlo en

ellos: Unamuno se zafa; no hay manera alguna de apresarlos y menos a ese bajo nivel, porque —elemental, estrictamente elemental— toda la vida, pasión, sangres, carnes, huesos, contradicciones, paradojas, monólogos y conversaciones de Unamuno dan incesante batalla contra la tentativa de contener, reprimir, desfigurar, desnaturalizar a la aventura humana, sometiéndola, fijándola, clasificándola, encerrándola. “¿Cómo no compartir el desdén de Unamuno por todas las formas de pereza espiritual!”, se adelanta a decirnos Ezequiel de Olaso desde *Los nombres de Unamuno*. Quien se deja llevar por esa pereza, agrega, será “locuaz esclavo de todos los lugares comunes”. ¿Entendido? No lo entienden. A otra cosa: Vuelvan al almanaque, ampárense en otros pretextos; no se metan con él.

En los días de estas abusivas conmemoraciones me he procurado personal operación de recaptura de ese Unamuno en cuanto ocasionalmente alcanzado, lesionado, contuso: he tomado el pequeño libro de Ezequiel de Olaso: me he acompañado de él; lo leo y releo mientras me muevo hacia la ciudad en el tren; mientras me demoro en un café; hago buena amistad con este libro. En sus primeras páginas plantea el conflicto que significa el trato con Unamuno por parte de lector adolescente. Unamuno se nos ha entrado —a Olaso, a mí, acaso a ti, lector— justamente en la adolescencia. Este es el momento de su asalto, de su inicial turno sorpresivo. ¿Hay otro escritor español —y los hubo como para hacer difícil la elección— que nos proveyera, entonces, de mayor sensación de comodidad? Nuestro encuentro con Unamuno se hace en calle ancha, en plaza abierta y soleada. No nos consiente nada su amistad; no nos facilita disculpas; es amistad con incitaciones exigentes; no se descansa a su lado; no quiere pacto de deserción u ocultamiento; incita, reiteradamente, a enraizarnos en el problema; nos lleva a tomar en nuestras manos su raíz y desde ahí a hacernos cargo, —carga a nuestra entera costa— de las más desgarradoras angustias, de los más riesgosos júbilos. No nos consentirá suponer que la vida es una operación ya bien concertada y dispuesta como la prosa de Ortega, encorsetada, con soutiens: no nos exculpará de nada; nos meterá entre los remolinos de las contradicciones esenciales que han atormentado —y salvado— a los dialécticos, a los heterodoxos, a los hombres para quienes dos más dos no son siempre cuatro, tal como pudo rectificar Dostoyevsky, su par. Y, sin embargo, al lado de quien no da cuartel, y, en cambio, llama a guerra, es posible saberse cómodo, desenredado y armonizado. Esto viene desde lejos por quien dijo que venía a traer guerra, no paz; y él mismo volvió a reenunciarlo así: sólo en la guerra hay paz, sólo en la lucha sosiego. ¿Dejarse asaltar por él? ¿Delegarle el dominio absoluto de su turno? El conflicto no queda, entonces, resuelto del todo, pero el mismo Unamuno que insistirá en avasallarnos nos tironeará, a la

vez, para recordarnos que su misión es la de incitarnos a la difícil empresa de que cada uno de nosotros sea uno mismo, de manera que quien nos asalta nos quiere dueños de nosotros mismos, no satélite de él. Con lo que ya es posible ir armando esta teoría para reelecciones de Unamuno: ante la fuerza con que Unamuno, autor, arrolla al lector no hay otra suerte que darse, pero, a la vez, arrollándolo como si la presencia y actuación de sus fuerzas tuvieran por destino alertar, suscitar y movilizar las nuestras, como si sus maneras de arrollar quisieran en él respuestas de igual intensidad de nuestra parte. Con lo que no se diseña regular frontera divisoria entre autor y lector; no se lo lee desde afuera de él o desde fuera nuestro; frente a las de Unamuno, autor, el lector de Unamuno, no cualquier lector, sino el suyo, carea —prueba— los recursos y potencias de su espíritu, y concurre a fusión, y la lectura les resultará, así, experiencia total, juego unánime, un intercambio de sangres: con las suyas, Unamuno moviliza las del lector; con las propias, el lector de Unamuno rehace el curso, la actualidad y la eternidad de las de Unamuno. No se lee, evidentemente, a Unamuno porque sí; se lo lee lidiando con él y asociándose con él, adueñándosele en la misma medida en que nos provee la sensación de que él se adueña de nosotros. El lector lo hace a él, lo seguirá haciendo, porque él quiso que no declináramos de hacernos nosotros por propia cuenta. Conflicto —y responsabilidad— de leerle.

¿Y de nombrarle? Esta es la pista en que se desplaza Ezequiel de Olaso. Ya viene sabiendo Olaso que Unamuno es innombrable, que no hay posibilidad de alojarlo en clasificación alguna, ni de calzarle rótulo cualquiera. Es decir, no lo mide la palabra. La palabra será instrumento dramático, su canal esclarecedor y recreador la tomará él como punto de referencia del ejercicio del pensamiento como que “en un diccionario de Unamuno —lo aclara Olaso— pensar es volver del objeto a que nos consigna la palabra y quedarnos en ésta para perforarla y por allí llegar al momento en que fue creada”; pero que la palabra lo cura a él, no. La palabra puede crear; no definir. Al crear, puede dar nombre. La creación, ¿no es, al mismo tiempo, nominación? Recreándonos a Unamuno, ¿no tenemos derecho a nominarlo? Olaso lo recrea una y varias veces, y ensaya uno y otros nombres. Por ejemplo: Aparecido, Opinante, Paradojista, Creyente, Inquietador, Suscitador. Cada uno de estos nombres tiene su comienzo de explicación; no los trae Olaso del azar; los acerca en las caras de esta imagen que Olaso ronda y que puede darle fundamentos tan correctos como para explicar al Paradojista así: “el que hace de ese choque entre sentimiento y razón que es paradoja, el núcleo de todo”; mas, el hecho de que a un nombre suceda muy fácilmente otro y que sin desdeñar a aquél este otro tampoco lo nomina del todo, nos va confirmando en que Unamuno es innombrable. Se nos escapa.

¿También de este otro nombre: El Pro-vocador? Este otro nombre alude al que demanda en cada hombre su propia salida hacia su vocación; una vocación que no se inhíba a nada, que fuerce a sobrevivir. En este de El Pro-vocador, Olaso suspende su ronda. ¿Suspende? Es que Ezequiel de Olaso más allá de este libro, su primero, y tal como lo dispone la índole del que viene, desde la adolescencia, haciendo trato con Unamuno, sigue recreándolo para júbilo de sus propios conflictos, para alimento de experiencia. Que es como saber que se salvará, en todo momento, de la parálisis espiritual de los lugares comunes, tan estrictamente distante de su lúcida juventud.